

EL EQUILIBRIO, Un relato de Catalina M^a Villa Silva

Se abre el telón.

Un rayo de luna ilumina la habitación en la que una mujer aparece sentada en un sofá, lleva un camisón blanco, acaricia mecánicamente un gato negro de ojos amarillos. Se escucha un disparo, como un trueno en la noche que rompe el silencio, pero mujer no se inmuta.

Se abre una puerta, sale un muchacho con alzacuellos, calzoncillos victorianos y unas botas de montar. Se queda mirando a la mujer, su rostro refleja temor y busca en ella una explicación, la mujer sonrío levemente, aunque sus ojos reflejan frialdad.

Se oye el chirriar de una puerta. Ante ellos se presenta un muchacho mayor que el anterior, con salvajes barbas, envuelto en un camisón de puntillas bordado con rosas de pitiminí. Mira a la amá y al otro muchacho. Ella le devuelve la mirada con un gesto tranquilo mientras que el otro mira al suelo.

- Siento haberos despertado, pero ha llegado la hora. Ma'at pide su sacrificio, Júpiter ya ha alcanzado su alineación. Como sabréis Ma'at busca siempre el equilibrio.
- ¿Dónde está Elisa? – pregunta la amá.

El chico del alzacuellos sale de escena, y regresa acompañado de una mujer entrada en carnes y años, con unos auriculares que cuelgan de sus orejas. Mira a los tres, sus pupilas azules reflejan un terror inaudito.

- Amá, déjame estar, no quiero adorar a Ma'at.
- No temas pequeña, hoy es el día, tan solo recordaros que Júpiter le está pidiendo a nuestro señor Ma'at el sacrificio para regalar a uno de nosotros la vida eterna. Nuestro dios reclama el equilibrio, si queremos vivir para siempre alguien debe morir. Hasta ahora hemos podido lograrlo con personas ajenas a nosotros, pero ahora solo estamos los cuatro. Uno de vosotros debe morir, para que otra viva joven eternamente, y por supuesto el tercero deberá seguir la Naturaleza y envejecer.
- Amá, yo no quiero morir – dice el muchacho más joven – Amá, a pesar de mi cuerpo de hombre, quiero seguir viviendo, aunque sea en esta cárcel de varón.
- Amá, es indiscutible que la que tiene que vivir soy yo, puedo engendrar hijos para mantener la ceremonia de Ma'at. – dice Elisa.

La amá se levanta, el gato salta de sus brazos dejando un bufido en el aire, sale de la escena. Ellos siguen discutiendo, ¿cuál de ellos debe morir? ¿Cuál de ellos debe vivir? y ¿cuál de ellos ha de envejecer?

Entra la amá con una bandeja de plata, en ella hay tres pequeñas tazas negras, una taza blanca de nácar y una tetera que humea un agradable olor a menta e hinojo.

Elisa se retuerce las manos nerviosamente, y lanza un pequeño grito:

- Amá ¿por qué no puedo coger la taza blanca?
- Ya sabes, mi niña, que es mi taza, porque desde la noche de los Tiempos soy la última sacerdotisa de Ma'at. Soy la que puede mantener el equilibrio. Todos sois conscientes de ello. Ahora coged cada uno de vosotros una taza, ya que no queréis elegir dejad que sea el Destino quien lo haga. Él decidirá quien ha de morir, quien ha de envejecer y quien vivirá joven para siempre.

La amá se vuelve a sentar en el sofá, el gato se encarama otra vez a su regazo. Saca de detrás de un cojín una pistola.

- Es difícil elegir, pero Ma'at exige su sacrificio, habéis vivido muchos siglos, y ahora hay que pagar el precio.

Elisa, coge una de las tazas negras, se la acerca a los labios, pero se niega a beber si no beben todos con ella. La amá señala a los otros dos, con el cañón del arma. Coge su taza blanca y los cuatro beben al unísono.

Los auriculares caen al suelo y la mujer se derrumba entre estertores y gemidos de agonía. Sus ojos azules se quedan mirando al vacío, pero ya no ven nada.

Los dos muchachos se miran con una sonrisa de alivio, pero de pronto un calor enorme les sube desde el bajo vientre hasta la garganta, desplomándose sobre la alfombra, mientras sus ojos se sumergen en el sendero de Tánatos.

- Lo siento mis pequeños, pero el equilibrio se ha establecido, vuestras muertes se transforman en vida para mí. Debo mantener el culto a Ma'at por los Tiempos de los Tiempos.